

SITUACION POLÍTICA DE 1841.⁴

Antes de señalar como punto de partida la situacion del Gobierno en el momento en que damos principio á nuestras taréas, séanos permitido dirigir una rápida ojeada á la situacion en que se encontraba la Nacion española ántes de que se encumbraran al poder los hombres que se hallan hoy al frente de su destino.

Esta situacion no era tan triste y desesperada como por algunos pudiera creerse. Á pesar de los siete años de guerra civil, á pesar de las calamidades que habían sido forzosa consecuencia y naturales síntomas de tan desastrosa lucha, la perspectiva que al hacerse la paz se presentaba, estaba muy léjos de aparecer tan lúgubre y sombría, como pudieran verla con su mirada superficial y somera los que no penetran nunca más allá de la primer corteza de las cosas. Las Naciones están, como los individuos, dotadas de una gran fuerza de vitalidad, que se rehace á veces con tanto más vigor, cuanto ha sido más fuerte el sacudimiento que se ha experimentado, y mayor el riesgo que se ha corrido.

La Historia, y acaso más que ninguna la contemporánea, suministra hartos ejemplos de este fenómeno. Pocas

⁴ De *El Conservador*, Revista política y literaria, que se publicó en 1841.

épocas presenta el mundo de un trastorno más universal, que el período de la revolucion francesa: nunca guerras más complicadas y sangrientas turbaron la paz de Europa, que las gigantescas luchas de la República y del Imperio. Y sin embargo, cuando despues de la paz de Viena parecía que iban á quedar sumidos en letárgica postracion, ó á pasar por las congojas de una penosa y larga convalescencia los pueblos, que por espacio de tantos años se habían desangrado y combatido; hé aquí que la Europa se levanta más próspera y espléndida que nunca, y que en ese brillante período de su civilizacion, el vuelo más alto de la inteligencia rivaliza con el más prodigioso desarrollo de las artes de la paz, y con las maravillas de la industria.

La España misma había sido en aquella época un continuo y sangriento campo de batalla. Desolada y pobre en su interior, y perdidas á poco sus inmensas posesiones ultramarinas, todavía en medio de los errores de un Gobierno ignorante y preocupado, revivió al impulso reparador de sus fuerzas de vida y de sus elementos de riqueza, y en breves años se hubieran olvidado los desastres de aquella guerra, si no hubieran sobrevenido las calamidades, no ménos desastrosas, de una administracion desacertada. Un Gobierno, cuya ilustracion hubiera estado al nivel de los demás de Europa, hubiera con pocos esfuerzos elevado entónces á la Nacion española al rango que debía ocupar en el gran consejo de las naciones europeas, y al grado de prosperidad á que su clima, su posicion, y la índole de sus habitantes la destinan.

Empero era todavía más ventajosa la posicion de España despues del convenio de Vergara y de la pacificacion de Cataluña. El siglo no había corrido en vano so-

bre nosotros, y el impulso progresivo, que imprime á todos los pueblos, y que, aun combatido, es más fuerte que todos los estorbos que le embarazan, había desarrollado elementos y gérmenes de prosperidad, que todos los contratiempos y calamidades de la lucha no habían podido sofocar ni destruir.

Es verdad que durante la guerra se habían sufrido en muchos puntos de la Monarquía desastres horribles, si los consideramos aisladamente; pero á pesar de todo, no había aquella causado los estragos ni dejado las huellas indelebles de una calamidad general é irreparable. Muchas provincias quedaron intactas de sus inmediatos horrores: otras los sufrieron pasajeraente; y en el principal teatro de esta obstinada querella, la guerra se había regularizado muy desde el principio. Á vueltas de su agitacion, y de los trastornos que produjo en las fortunas una conmocion tan radical y profunda, la actividad de la industria y del comercio parecía haber recibido un nuevo impulso. Las fuentes de la riqueza no se cegaron: la produccion no se disminuyó: en siete años de calamidades, de incertidumbre y desconfianza, de cuantiosos dispendios y de exacciones inauditas, los artículos de primera necesidad no habían escaseado ni subido de precio en ningun punto de la Península, incluso los más inmediatos al teatro habitual de la guerra: por último, los curiosos estados que publicó el Ministerio de Hacienda en 1839, demostraron que el aumento de las rentas públicas, que á pesar de los desórdenes de la administracion, resultaba, comparándola con los ingresos de diez años ántes, no podía tener otro origen que el incremento de la riqueza. ¡Fenómeno extraordinario, que por sí sólo revela todo lo que puede llegar á ser esta Nacion, á poco que se halle al frente de su

administracion un Gobierno tutelar y siquiera medianamente ilustrado!

Apártese de nosotros la intencion de querer pintar con halagüeños colores una época tan funesta. Pero nuestra opinion es que los tristes efectos de una lucha, que era fratricida, en el sentido genuino y propio de la palabra, más bien deben buscarse en el orden moral, que en los perjuicios materiales y positivos; y que más hondamente todavía que la miseria y la pobreza, devoraba las entrañas de la Patria aquella desmoralizacion profunda, aquel encarnizamiento de ódios y de venganzas, aquella relajacion de los vínculos sociales, que acompañan siempre á las escenas de sangre de las discordias civiles, y á la precaria estabilidad y flaqueza de los Gobiernos débiles.

Pero tambien, si en el orden político eran agudos los dolores, su remedio era tanto ménos difícil, cuanto que era más apetecido. Las pasiones políticas se habían explotado durante la lucha; pero la paz debía, á poco, dirigir las y calmarlas. Nuestra época, más bien que de principios, es de resultados. El último período del siglo anterior fué tiempo de fanatismo: el que ahora corremos es de intereses. Aquel era de más entusiasmo que saber: éste, más de razonamiento y de buen sentido que de ilusiones. En aquel, habían seducido los filósofos y arrebatado á las masas con brillantes teorías: en éste, aquellas se habían ensayado ya en la piedra de toque de una práctica desencantadora. La revolucion, lo mismo que el cólera y que todas las epidemias, acometió violenta y mortífera en su aparicion; pero despues de haberse aclimatado y héchose endémico en la Europa, su virulencia y malignidad ha ido desapareciendo poco á poco.

Sin embargo, nuestros hombres de 1812, representantes de la idea de la Revolucion francesa, habian conservado una veneracion y prestigio que, más que á sus talentos, debian á la persecucion del Gobierno absoluto. Estos hombres que, como los emigrados franceses, nada habian aprendido ni olvidado, fueron aquí, respecto del liberalismo, lo que aquellos respecto á la Monarquía. El siglo habia adelantado en teorías, y administracion y Gobierno: el siglo, que habia llegado á comprender que en los Gobiernos monárquicos, lo mismo que en los populares, podía labrarse la felicidad del pueblo, no daba ya tanta importancia á las teorías políticas. El siglo consideraba el Trono como primer elemento de orden y libertad, como primera garantía de poder y seguridad para los Estados y para las Naciones. El siglo habia vuelto á buscar su guia, sus consuelos, y hasta el principio de su saber, en la creencia religiosa. Y en tanto, los hombres de 1812, anacronismos vivos del siglo, estacionarios en la tendencia y en la marcha de su espíritu, enemigos del poder, enemigos del Trono, enemigos de la Religion, y enemigos de todas las instituciones que dan fuerza, enlace y cohesion al cuerpo político y social, no hubieran podido ya, en esta última época, crear un partido de principios, si en las de su anterior dominacion no hubieran formado una clientela de esperanzas y de intereses; sino se hubieran organizado en conspiracion permanente y en sociedades subterráneas, para la conservacion de estos intereses y el logro de estas esperanzas.

Empero, la mayoría de las clases inteligentes de la Nacion habia recibido la influencia del siglo; el partido liberal de 1840 no solo no era el de 1812 y 1820, pero ni aun el de 1833. Á pesar del descuido de la educa-

cion pública, las nuevas doctrinas habian penetrado muy hondamente en la sociedad. Algunos pocos hombres de las anteriores épocas no habian permanecido estacionarios ante el movimiento general de los espíritus, y casi toda la juventud, la nueva generacion política, entró en la escena, alzando una grave y vigorosa protesta contra las ya rancias preocupaciones revolucionarias, contra las teorías trastornadoras, contra las exageraciones democráticas, contra la ojeriza antimonárquica y el fanatismo antireligioso de nuestros decrépitos jacobinos. Los hábitos y los instintos generales estaban admirablemente de acuerdo con estas ideas: el pueblo era por experiencia y por buen sentido, lo que por raciocinio y convencimiento habia llegado á ser la nueva escuela política; y el partido monárquico-constitucional fué el producto de esta alianza.

Este partido era el representante del interés más grande, de la necesidad que más vivamente se hacia sentir en la sociedad despues de las convulsiones sufridas; la necesidad de Gobierno. La lucha política habia concluido en los campos con la guerra; en las regiones del poder, con la aceptacion de la ley política de 1837.

Nadie, nadie pensaba en alterarla: nadie quería volver á tocar aquellas cuestiones delicadas, que suscitan siempre tempestades sobre los pueblos. Para el nuestro estaban zanjadas: lo que pretendía era que los poderes, creados por la Constitucion, empezaran á obrar. La taréa del poder durante la lucha, no habia podido ser exclusivamente la proteccion de la sociedad.

Las discusiones constitucionales y la direccion de la guerra habian absorbido todas sus fuerzas; pero concluida la guerra y resuelta la cuestion política, la accion de los

poderes políticos quedaba definitivamente reducida á fundar Gobierno; y Gobierno les demandaba á voz en grito el partido constitucional. Como fuente y principio de todo Gobierno, pedia Trono fuerte y respetado: para la accion desembarazada y firme del poder, centralizacion y autoridades responsables: para la sociedad, libertad civil, justicia, seguridad, reforma de los Códigos, religion y culto: para el pueblo, en vez de estériles tablas de derechos y de aparentes franquicias electorales, un plan benefico de Hacienda, un sistema de mejoras y adelantos materiales, una proteccion despreocupada é imparcial de la industria. ¡Y á estas opiniones, y á estas tendencias, y á este partido, se han atrevido los fanáticos revolucionarios á llamar idéas, sistema, partido retrógrado y liberticida!

Á fin de realizar este pensamiento, se daba una circunstancia, que no siempre se ofrece en las vicisitudes de los pueblos. En el descrédito de todos los poderes, que la revolucion y la guerra había acarreado, sólo un poder había salvado su fuerza y su prestigio. Este poder era el Trono. Ocupado por una inocente niña, su augusta Madre la Reina Doña María Cristina de Borbon se había captado desde el principio el amor de sus súbditos por las admirables cualidades que la han distinguido en el sólio, y para las cuales reserva la Historia una de sus páginas más brillantes. Amorosa y solícita como una madre, valiente y esforzada como un héroe, instruida como el primer hombre de Estado, apreciadora del poder de las circunstancias como el más hábil diplomático, é inteligente en los negocios como el administrador más práctico; popular por carácter y por convencimiento, no se ha sentado acaso sobre ningun Trono de Europa persona más á propósito para las augustas funciones de Rey

constitucional; ninguna que mejor pudiera reconciliar con el poder Real, á parte de la opinion extraviada por desaciertos pasados; ninguna que pudiera dar á las reformas que la situacion exigía, la solidez y estabilidad que suele faltar á las innovaciones.

La presencia misma del Pretendiente D. Carlos en las provincias, y su conducta durante la guerra, habían realzado el prestigio de la Excelsa Madre de Isabel II. La nulidad de aquel Príncipe se había puesto en evidencia, despues que, habiendo querido ser el campeon del principio monárquico, su causa había perecido por la anarquía.

Á la conclusion de la guerra, D. Carlos no representaba nada, ni para la Europa, ni para los suyos. Más que vencido, se retiraba insignificante y desacreditado. María Cristina era desde entónces el poder necesario; era el Trono, era la Monarquía. Hasta los carlistas habían reconocido su superioridad. Muchos de ellos, aleccionados como el partido liberal, por la experiencia, reconocieron la necesidad de acogerse bajo su manto y de agruparse en derredor de su trono. Cualquiera que sea el ridiculo que se haya querido lanzar sobre la palabra fusion, la fusion no podía ménos de ser, en una Nacion dividida en dos parcialidades tan grandes, una necesidad social. Despues de la paz, era más que nunca necesaria, porque era la paz la fusion misma. Sólo María Cristina podía realizarla; pero ella podía sin duda alguna.

Por último, un elemento poderoso de fuerza había nacido del seno de la guerra. La guerra civil había creado lo que todas las guerras crean, lo único que crean; un ejército: un ejército numeroso, que despues de siete años de penosas campañas y de inauditas fatigas, si no podía presentar á su frente capacidades tan brillantes como las

de otros siglos y naciones, podía desafiar á todas en valor, en bizarría y en sufrimiento; ostentar en sus hechos de armas proezas individuales casi fabulosas, y en sus jefes más respetados una ilustre coleccion de los más nobles y elevados caracteres. Cualquiera que fuese la reforma que la paz haría necesaria, la Nacion nada debía temer, ni de los agresores de su independencia, ni de los perturbadores del órden público.

¡Oh, sí; era consoladora—á pesar de todos nuestros males—esta perspectiva! Las víctimas no, no podían sacarse de las tumbas; pero se podían enjugar muchas lágrimas; muchas heridas se podían cerrar. Los campos talados, podían cultivarse de nuevo. No faltaba actividad, ni trabajo, ni capitales. La ilustracion renacía. Las doctrinas trastornadoras de la revolucion hacían lugar á otros principios tutelares, fecundos y conciliadores. Había hombres eminentes en todos los ramos del saber y de la administracion. Había un pueblo dócil, sensato, cansado de discordias y de desgracias. Había un ejército aguerrido y brillante. Había una Constitucion, por todos aceptada. Había, en fin, un Trono respetado y querido, donde brillaban radiosas, en un grupo de inocencia, la Reina Regente, ídolo de nuestras memorias, y la niña Reina, ídolo de nuestras esperanzas. ¡Oh, sí: jamás Nacion alguna había salido de una guerra civil y de una revolucion política, con tantas probabilidades, con tantas esperanzas, de próspera y pronta regeneracion! ¡Execracion eterna á quien las ha cortado en flor, haciendo imposible, ó retardando cuando ménos, lo que debía coronarlas!.....

¿Qué era preciso al efecto? ¿Qué faltaba para organizar todos estos elementos, y dirigir convergentes á un centro comun, tantos saludables intentos, tantos generosos

impulsos? ¿Qué era preciso para fecundar tantos gérmenes de vida, como á vuelta de malas pasiones y de doctrinas absurdas, brotaban lozanos ó despuntaban florecientes? Una sola cosa faltaba, una sola; ó dos que son una misma. Faltaban el Gobierno y la Administracion; el Gobierno, que durante las angustias de la lucha política, y la inestabilidad de los Ministerios anteriores, no había podido ménos de debilitarse; la Administracion, que propiamente hablando, no había existido nunca en España, aun bajo el poder absoluto; y que tal cual se hallaba entónces, destruida despues por la reforma política, no había sido reemplazada sinó á trozos, por algunas absurdas y anárquicas leyes, que la presuncion é inexperiencia de 1812 y de 1820 habían abortado.

Pero el partido monárquico—constitucional, que, al concluirse la guerra, se hallaba en mayoría en el Parlamento, como lo estaba en la Nacion, había, desde luego, conocido toda la importancia y toda la necesidad del gobierno y de la administracion. Sólo á él le era dado, y sólo á él le era posible y fácil, crear el uno y plantear la otra; porque sólo en sus doctrinas se hallaban los principios que presiden á la gobernacion en un sistema esencialmente gubernativo; sólo hombres que las profesaban, podían aplicarlas. Para el partido monárquico, la revolucion política estaba consumada; la reforma de las antiguas instituciones, concluida. Pero para el partido monárquico, no siendo la reforma política nada de por sí, no siendo un fin, sinó un medio, era preciso llegar á los resultados, y tocar al fin práctico y positivo, que con las nuevas instituciones se había querido buscar. No se había hecho aún más que destruir, derribar: era ya tiempo de construir, de organizar; y lo era, ante todas

cosas, de atajar los malos efectos de absurdas leyes y de viciosas instituciones, cuya presencia y cuya accion corrosiva hacía cundir de una manera espantosa, en el cuerpo social, el cáncer de la anarquía.

Merced á la ley municipal y de administracion provincial vigente, el Gobierno de la Nacion española era el más débil y descentralizado de todos los Gobiernos; la accion de su poder ejecutivo, servido en todas partes por agentes irresponsables, la más aparente y fantástica. Cada provincia era más independiente que el Estado soberano de una confederacion; y cada ayuntamiento, entregado á todo el violento furor con que se desenvuelven las pasiones locales, formaba parte de ese acéfalo conjunto, que constituye al poder monárquico y parlamentario, creado por las nuevas instituciones, en la misma impotencia y aislamiento en que en los tiempos de la anarquía feudal se hallaba la autoridad de los Reyes, en medio de los independientes y altivos barones.

Era urgentísimo poner orden en este caos. España había sido siempre, más bien que Nacion, provincia: ahora corría á desmembrarse todavía más que en los tiempos bárbaros: como en las edades primitivas, cada ciudad iba á ser un Estado. Dar unidad á este cuerpo fraccionado, era darle la existencia: convertir á este pólipó, todo miembros, en un sér de una sola vida, y de una sola inteligencia, era lo primero, para que tuviera fuerza y accion. El partido conservador emprendió este fecundo trabajo; acometió la hazaña de Hércules luchando con la hidra de Lerna; y empezó por donde era preciso empezar, por el principio; por la reforma de los ayuntamientos, y presentó leyes completas de Hacienda, de imprenta y de administracion provincial.

Pero el partido revolucionario, á quien el conocimiento instintivo de su esterilidad é impotencia, hacía creer que el poder se le escapaba para siempre de las manos, intentaba persuadir al pueblo de que lo vital, lo importante, lo no concluido todavía, era la reforma política, reforma que, segun ellos, no consistía sólo en las instituciones constitucionales, sinó que se continuaba en las leyes secundarias. Lo que proclamaban como salvador, como fecundo, como progresivo, era lo que ellos apellidaban garantías, tablas de derechos, libertades electorales, despreocupacion religiosa, igualdad democrática, franquicias locales, independencia individual. Pensando, como los jacobinos franceses, que el Gobierno es un *mal necesario*, concluían que gobernar era retroceder. Sintiendo débiles y desacreditados ante la Nacion, quisieron dominar en los pueblos; y llamando libertad á la anarquía administrativa, como habían llamado opresion á la fuerza natural del poder, hicieron capítulo de la Constitucion política la organizacion municipal. La Nacion no los creyó; pero teniendo á su disposicion la fuerza, hicieron una revolucion; y como no podían derribar un despotismo que no había, y en el que nadie pensaba, lo que derribaron, lo único que pudieron derribar, fué el Gobierno.

Nosotros no examinaremos ahora esa revolucion, ya para siempre juzgada; no añadiremos el grito de nuestra censura al clamor unánime, que dentro y fuera de España se ha elevado contra el escándalo de Setiembre. No calificaremos de nuevo aquella deslealtad, á que sin duda el cielo reserva un gran escarmiento. No analizaremos ahora los motivos de vanagloria ó de pasion, que obsecaron la mente de un hombre, hasta el punto de hacerle

inmolar á un momento de efímera popularidad todas sus glorias. No aumentaremos las lágrimas que hemos derramado por el ingrato destierro que sufre la Reina querida de nuestro corazón, y tiempo nos queda de llorar sobre la aflicción tristísima de sus augustas Huérfanas. Un año de transcurso ha fallado ya severamente sobre estos deplorables sucesos: otro los juzgará más severamente aún; y más desapiadadamente, en fin, la inflexible posteridad.

Nosotros ahora consideramos á la revolución de Setiembre bajo un punto de vista distinto del de su moralidad y justicia. Cúmplenos sólo hacer observar que un poder creado por esta revolución, en manera alguna podía mejorar la situación del país, porque no podía crear Gobierno.

La revolución de Setiembre había atacado nuestros principios, y al levantarse vencedora, se encontró sin ningunos. El gobierno y la administración son ciencias fundadas en verdades únicas y eternas. No hay varias formas administrativas, como hay varias formas políticas; porque administrar y gobernar son hechos y resultados. No hay dos administraciones; de la manera que no hay dos astronomías, que no hay dos químicas. Los adelantos administrativos de un pueblo se pueden aplicar á otro, como los adelantos de la navegación, como los progresos de la táctica. Y estos principios indeclinables, estos adelantos indesatendibles, eran los que el partido monárquico profesaba, los que quería aplicar. Ellos los desecharon, no podían menos de desecharlos, porque eran cabalmente los fundamentos y pretextos de su alzamiento; ellos no presentaron ni podían presentar otros; no los tienen: sus doctrinas se limitan á negar las nues-

tras; con nada las sustituyen; sus principios son negaciones, y con negaciones no se gobierna, como con desmoronar no se construye.

Así, ellos nada han podido hacer más que destruir, porque esta es su misión política; desorganizar, que es su tarea social; no gobernar, que es su destino en el poder. Pudieron acabar de destruir al clero; pudieron acabar de destruir el monárquico sistema de vinculaciones; pudieron despojar de sus bienes á la Iglesia; pudieron reducir el ejército, suprimir algunos empleos y dependencias públicas. Estas eran las últimas exigencias de la revolución. Todas estas son, por decirlo así, operaciones de abstracción. De positivo, sólo una cosa han hecho, y á duras penas; recompensar con el poder al primer instrumento de su victoria.

En todo lo demás, la situación es más triste todavía de lo que era ántes de finalizarse la guerra; porque falta siquiera el consuelo de la esperanza que se abrigaba, cuando considerándose la guerra como causa de todos los males, se creía que la paz había de ser indefectiblemente su término. Ahora, ese término no se vé: ahora, la anarquía local extiende cada día más la gangrena de su cáncer: ahora, se relajan cada vez más los vínculos de respeto á un Trono inerme y humillado, y los lazos de obediencia á un poder, que el último alcalde puede insultar y desobedecer impunemente. Ahora, no hay garantías contra la intolerancia que se ejerce contra las personas que no profesen creencias políticas absurdas y envejecidas. Ahora, no pueden ser elegidos Diputados los hombres más eminentes en legislación, para que el Derecho pueda ponerse en claro, y darse principio á la reforma de los Códigos: ahora, la desmoralizada

administracion de las rentas públicas no cubre la mitad del presupuesto, y en el abismo sin fondo de su déficit, cada vez más espantoso, el crédito se hunde y desaparece. Ahora, el clero es víctima de una persecucion, que, léjos de disminuir su influencia, cubre las indiscreciones políticas en que algunos de sus individuos pudieron incurrir, con una aureola brillante de martirio: ahora, una imprudente excision con el Jefe de la Iglesia mantiene en continúa alarma la conciencia de una Nacion religiosa. Ahora, en fin, la sensacion tristísima que el espectáculo de tanto desorden produce, ha salvado los Pirineos y los mares, y su poder presuntuoso no cuenta con un solo Gobierno que no le vuelva la espalda con enojo desden, con una sola Potencia que no esté dispuesta á serle hostil y contraria.

Y en vano, de un poder creado bajo la influencia mortal de estos principios y de estas circunstancias, esperaría la sociedad mejoras materiales. No puede dispensarlas. Si de ellas fuera capaz, podría acaso hacer olvidar su origen. Pero cabalmente porque no puede alcanzar este fin, es por lo que sube más de punto lo absurdo de los motivos que le dieron vida. Mejoras materiales se obtienen con hombres y con medios, con autoridad y con recursos. Recursos, no puede tenerlos el Gobierno de una Nacion, cuyos gastos son mayores que sus productos; fuerza y autoridad, no puede ejercerlas quien no tiene instituciones, ni hombres. El partido que subió al poder en Setiembre, carece de estos elementos de mando. Las instituciones, las ha derribado, y no puede sustituirlas; los hombres, le faltan; sus principales corifeos no conocen la sociedad actual.

Acaudillar un partido no es lo mismo que gobernar

una Nacion; ni un gran pueblo de complicadísimos, y á veces encontrados intereses, se dirige como se trama una conspiracion, que tiene un solo objeto. Otro poder, aun en circunstancias tan apuradas, tendría el recurso del crédito para hacerles frente; pero el crédito no le obtienen jamás, en los primeros años de su existencia, aquellos Gobiernos, que necesitan de un gran trancurso de tiempo para que sus vecinos los tengan por legítimos y seguros. El Gobierno elevado en Setiembre, no puede aspirar á tanto, no puede hacer nada. Ni moral, ni política, ni intelectual, ni colectiva, ni individualmente tiene las condiciones necesarias para la direccion siquiera de los intereses materiales de la sociedad. La sociedad marcha y vive sola, entregada á sus fuerzas. Todo lo que existe, todo lo que queda, es lo que el interés individual aislado, y sin porvenir, ni seguridad, produce. Todo aquello para lo cual se necesita la accion del poder, ó intereses complejos, que solo el Gobierno puede organizar, decae, muere, desaparece.

¡Oh! triste es, tristísima esta situacion! El país no puede sobrellevarla, y los depositarios del poder no tienen fuerzas para vencerla. No tienen remedio contra males que son la consecuencia rigurosa de lo que han hecho. Sólo deshaciéndolo le tendrían, y por no poder, ni deshacer su obra pueden.

Dejaría ese Gobierno de ser lo que es, porque tendría que renegar de lo que ha sido. ¿Cómo legislar quien ha empezado anulando las leyes? ¿Cómo mandar quien ha empezado canonizando la desobediencia? Las personas que ha lanzado, no se reemplazan; los principios que ha anatematizado, no se substituyen; y sus personas son incompatibles con los nuestros. ¡Oh! Triste, tristísima es su situa-

cion: fatal su destino: todos los caminos le conducen al suicidio. Gobernando, perecería, porque le hundiría su misma obra: fabricaría un capullo que le envolviese; trabajaría, y excavaría su tumba. No gobernando, perece también, porque la falta de Gobierno que devora á la sociedad, se le traga á él primero. En vano se debate dentro de este círculo de hierro, inflexible como las verdades matemáticas, inexorable como el Destino. El Gobierno es necesario, pero ese Gobierno no es compatible con nada de lo que para ese poder es preciso. El Gobierno no es posible sinó con nuestros principios; con esos principios que él anatematizó, con esos principios salvadores y tutelares á que la Nacion habrá al fin de acogerse y de refugiarse; con esos principios de eterna verdad y de eterna justicia, que nos proponemos inculcar cada vez más, y desenvolver y difundir en nuestro periódico.

SOBRE LA REVISTA

QUE EN 25 DE ENERO DE 1841

PASÓ Á LA MILICIA NACIONAL DE MADRID

EL DUQUE DE LA VICTORIA, REGENTE ¹.

En la sucinta relacion que ayer hicimos de la revista pasada á la Milicia Nacional de todas armas de esta capital, con el objéto de que jurasen las banderas los nuevos individuos, hicimos notar que el Sr. Duque de la Victoria, despues de la alocucion con que arengó á los nacionales, dirigiéndose especialmente á la compañía de cazadores del segundo batallon, la felicitó en particular, por haber tenido en 1840 ocasion de dar una muestra de su *civismo y bravura*. Á continuacion manifestamos, que el asombro de que nos hallábamos poseidos, nos impedía añadir, por el momento, reflexion alguna á un hecho de tanta gravedad. El asombro que nos abrumaba, no ha hecho más que aumentarse con la fria meditacion de estas palabras.

Parecianos, despues de tantos sueños horribles, un sueño espantoso más. Esa muestra de *civismo*, que hizo distinguir á la mencionada compañía de cazadores, entre tantos otros ciudadanos, que habrán dado, en el curso de su vida, tantas oscuras é inadvertidas pruebas de amor á la Patria; esa muestra de *bravura*, calificada así por un

¹ Publicado en *El Correo Nacional*.